



La Escalera

Lugar de lecturas

COMIENZA A LEER...

BRYHER



---

# 1

Esas miserables habían vuelto a encender la radio. Horatio apartó las sábanas con mucho cuidado y buscó a tientas el interruptor. Lo último que había hecho antes de irse a dormir había sido cerrar la cortina, pero con este maldito apagón, sin alguna otra luz, no podía ver nada. Las siete. No había ninguna necesidad, ninguna absolutamente, para considerar la posibilidad de levantarse en al menos dos horas más. En primer lugar, porque su doctor, su amabilísimo doctor, le había mandado quedarse en cama, «tanto como le sea posible, señor Rashleigh» y, en segundo lugar, porque de esa manera ahorra gas. Era de mal gusto, como solía repetirle a la señorita Tippet en el piso de abajo, preocuparse por peniques. «Mi defecto, si se me permite decirlo, es la extravagancia»; aun así, ahora que la gente había dejado de intercambiar tarjetas de Navidad pintadas a mano, resultaba importante postergar el mayor tiempo posible la necesidad de encender el horno. Sin duda, él nunca esperaría puntualidad de una mujer, pero Agatha, su prima, era especialmente exasperante; con frecuencia no se acordaba de enviarle su chequecito sino hasta pasado el día siete de cada mes; ¡qué difícil le hacía la vida!

Cuánto trabajo le costaba, después de toda una vida de actividad, quedarse quieto por las mañanas. Hasta el pasado septiembre había gorrones afuera, las borlas flotantes del platanero, y las nubes que a él, antes que cirros, le gustaba llamar pastelitos de muselina. Miró con enfado el cuadro de papel negro que no le dejaba ver el cielo. Pasado el bombardeo, de no haber sido por la radio, habría podido dormir toda la noche.

Era Eve, bastante desvergonzada como de costumbre. «Pongo mi alarma a las seis cuarenta y cinco, y después me doy la vuelta para prender el radio portátil. Un poco de swing me ayuda a despertarme y preparar el desayuno». En un mundo ordenado, las mujeres no bajarían a sus asuntos echando abajo las escaleras, haciéndolas retumbar como un joven soldado con un abrigo de piel sin siquiera la pretensión de una gorra sobre el cabello corto y liso. Esto era muy distinto de la imagen que recordaba: un jardín con los colores de un juego de croquet como la única nota primitiva —había sido idea suya resaltar un juego de pelotas en tonos pastel—, en el que unas figuras estáticas vestidas de seda habían visto el partido desde sus rústicos asientos. Se habían movido la naturaleza, las nubes, los árboles, las peonías, justo como lo habría anhelado un pintor, pero la gente había permanecido en silencio, agrupada en torno a su esposa —y volvió a verla por primera vez—, sonriéndoles a las margaritas en su mano.

El ruido era peor que el de doce carruseles. «Dios mío —se había quejado en voz baja—, soy un anciano, suficientemente viejo para ser su abuelo y disfruto la jovialidad tanto como cualquiera si es melodiosa, pero ¿cómo es que usted disfruta oír esas disonancias?».

«Ah, tiene un sentido, solo que es difícil de explicar. Lo pongo con el volumen bajo para no molestarlo, eso sí». La posibilidad de disculpa, o de silencio, no estaba sobre la mesa. Cuarenta años atrás, a Eve le habrían enseñado a cruzar sigilosamente frente a su puerta si se hubiese visto en la necesidad de levantarse temprano en la mañana. Era una cuestión de dinero, de avaricia; la dignidad se había esfumado del mundo con la muerte de la reina Victoria. Su propia boda, qué coincidencia, había caído en el cumpleaños de la reina. La gente tenía que volver a la vieja simplicidad, por no decir como Evelyn —quizá la pequeña no había tenido la intención de ser grosera—. «¿Y quién si no te ayudaría a subir la cubeta de carbón tres pisos desde el sótano? Deberías agradecer que se inventaron las lámparas de gas».

«Esa chica es más resuelta que la mayoría —había dicho la señorita Tippet cuando él... No, no se quejó, nada tan intolerable como la intolerancia: cuando mencionó la radio—. A los viejos nos toca ajustarnos a los nuevos tiempos». Por supuesto, nadie podía acusar a Selina de



sensibilidad artística. «Pobre mujer, era uno de los dibujos menos logrados de la naturaleza, un boceto garabateado en una agenda telefónica», y se rio de cabo a rabo con una risa de oes superpuestas.

Once y cuatro peniques, esos eran para el farmacéutico. Agatha lo regañaba por cuidarse hasta la temeridad. Podría morir en mi cama por una bomba, o de neumonía en el refugio. Y, sin embargo, si otras personas se resfriaban severamente por bajar al sótano de noche, ¿cómo iba él a evitar que le viniera una bronquitis? Esa semana tendría que comprar té. Había que comprar pintura, y necesitaba un nuevo pincel de pelo de camello. Y estaba ese libro de estampillas; tres, cinco, no, necesitaría diez chelines para gastos extra.

«No entiendo, primo, por qué tienes que escribir tantas cartas». Agatha no sabía qué se siente ser un viejo solitario después de treinta años de felicidad doméstica. A pesar de sus esfuerzos, la cuenta del gas no dejaba de subir, y le debía a la señorita Tippet cinco semanas de renta. Sin importar cuán pronto llegara el cheque mensual, necesitaría una libra y dieciocho; no, más bien dos libras, para tachar todos los elementos de la lista.

Algo había que hacer al respecto. Hubo un tiempo en el que vendía sus acuarelas a tres guineas cada una. Se sentó en la cama, se acomodó la bata a la altura de los hombros y contempló los nombres en su lista de direcciones. Algunos estaban marcados con una cruz de tinta roja junto al nombre, otros subrayados en azul. Las iniciales H.I. J... La señora Johnson había sido muy buena con él, así que quizá intentaría hablar con la hija. Levantó un poco la charola con el cuaderno de notas y la acomodó sobre sus rodillas.

Apreciable señorita... —lo único que recordaba de la hija de los Johnson era una instantánea que su madre le había enviado, de una niña en edad escolar, con un moño blanco en el cabello, posando en la playa—. Un anciano tiene pocos placeres fuera de sus recuerdos, y yo lo soy, setenta y seis años cumplo este año, aunque mis vecinos —si no puedo llamarlos mis amigos, al menos sí gente muy amable— me preguntan en broma si no es ya hora de hacer mi servicio militar. Ayer me puse a hurgar entre mis papeles, dado que no quisiera causar dolor ni problemas tras mi partida, y dado que los alemanitos —no, demasiado personal, así que lo tachoneé—, dado que los alemanes nos tienen demasiado presentes a los londinenses últimamente, y me encontré con esta carta que su madre me escribió hace muchos años acerca de una diminuta acuarela mía, *Amanecer en la Torre de Londres*. Aquella Navidad se le ocurrió la maravillosa idea de enviar algunas copias a sus amigos. Le sacará una sonrisa, espero, pero aquí, esta noche, recostado bajo los cañones que atraviesan el cielo, no puedo evitar preguntarme qué fue de

aquellas pinturas. Quisiera pensar, por vanidad, dirá usted, que mi pincel fue el medio por el cual algún niño o alguna niña tuvieron un primer encuentro con la gloriosa historia de su país.

Horatio sintió un escalofrío. Hacía frío cuando uno escribía antes del desayuno. Apartó la charola y se cubrió con las sábanas de nuevo, por encima de las orejas. Tenía la esperanza de que la señorita Johnson —no tenía noticia de que se hubiera casado— no fuera una de esas mujeres agresivas que centraban su vida en sus perros. Quizá, para mantenerse en terreno seguro, incluiría alguna frase vaga sobre animales:

Una vez tuve el privilegio, único en la vida, de hacer un boceto de dos de los ponis color crema de la difunta reina Victoria, para mis sobrinos —la oración era una agradable anécdota histórica en caso de que prefiriera el mundo animal—. De hecho, me gustaría preguntarle, con perdón de mis divagaciones, ¿le importaría conservar la carta de su madre con usted? Realmente era tan considerada con los demás que he atesorado su carta siempre y no soporto la idea de que quede en manos extrañas —extendió una mano fría hacia la charola nuevamente: a su edad, las buenas frases, si no las escribía, tenían la costumbre de escapársele rápido, como esas nubecitas cirros que tanto le gustaban—. Me imagino que, para usted, en estos tiempos difíciles, estará siendo complicado mantener ese hermoso jardín tan cuidado como quisiera —un verano había hecho un boceto de las malvas de la señora Johnson. De hecho, así es como se habían conocido. Se lo había encontrado dibujando en un prado vecino, le había ofrecido té y finalmente una comisión para pintar su vereda (la pluma comenzaba a raspar, se estaba secando la tinta; el frío, sin duda) —. Al menos, espero, se habrá salvado de la atención de visitantes indeseados. Sinceramente a sus órdenes, Horatio Rashleigh.

Tendría que esperar un momento a que se le descongelaran las manos bajo las sábanas, y luego se levantaría a encender el fuego. Después de desayunar pasaría en limpio la carta y, quizá, le escribiría una postal a Agatha. No era un buen día para retrasarse si quería comprar té; si no llegaba a la tienda del señor Dobbie al cuarto para las diez, no habría tiempo para una conversación.

Se frotó las manos, impaciente por una actividad que la habitación helada le negaba. Su paisaje marino parecía estarle reprochando, con sus galeotes y sus nubes vaporosas. Lo había colgado justo encima de lo que alguna vez había sido la chimenea pero que ahora, lástima, estaba bloqueada por el yeso de las tuberías de la estufa de gas. Tal vez estaba, como se lo habían dicho de broma en su juventud, un ápice demasiado influido por Turner, pero era su propio espíritu el que habitaba cada línea del barco de Drake. Las precisas líneas de la arboladura resaltaban con

gallardía, como pintadas en sepia, bajo las nubes y las flamas del buque español. Una profecía, quizá: «Ahora todos somos Drakes a nuestro propio modo, señorita Evelyn». A lo que la chica había respondido —estas escuelas modernas, qué poco les importaba el pasado—: «Bueno, si el Ministerio de Alimentos sigue tan terco como hasta ahora, no nos vendrían mal algunos patos».

Cuarenta años antes, el cuadro colgaba orgulloso de las paredes de la Real Academia de las Artes. No con buena iluminación, naturalmente, pero no todos los llamados por las musas son capaces de soportar la intoxicación del éxito ajeno. Aun si sus pares lo habían ignorado, el Arte no le había fallado. Era mejor llevar la belleza a ojos inexpertos —y ahora, a su avanzada edad, podía decir esto con toda seguridad— que dejarla colgando desolada en una galería frente a una docena de esos estudiantes y visitantes indiferentes que vagan de una sala a la otra para pasar el rato. Sus barcos habían sido la feliz portada de *Primeros pasos en Historia, parte II*. Habían sido calendarios, e incluso rompecabezas. Otros podían reírse, como aquel tipo, Dale, que se había mofado de sus fotografías a color solo porque él, en lugar de aprender a dibujar, se dedicaba a hacer manchas negras y rojas con el pulgar, a las que llamaba *Abstracto N.º 7*.

El mundo no necesitaba maquinaria, sino penitencia, el regreso al aprendizaje, a las líneas rectas y a romperse el lomo. Si se estaba librando esta guerra era porque la gente quería todo rápido, era chapucera, indiferente al detalle, egoístamente ávida de laureles temporales, lo opuesto a los artesanos anónimos que le dedicaban una vida entera a algún sombrío rincón en el muro de una catedral. «El artista aborrece los motores», le había dicho fríamente a Evelyn la noche anterior.

«¿Y qué hay de Leonardo y sus máquinas voladoras?», bromeó ella, mientras él se sorprendió de que conociera el nombre de un pintor. «Da Vinci —le reviró—, era un genio, pero hay un elemento en su obra, con excepción de la *Mona Lisa*, que solo puede describirse como... implacable». No se tomó la molestia —aunque las mujeres hoy en día hablaban de cosas que a los hombres ni siquiera se les ocurrían— de mencionar las desafortunadas circunstancias de la vida familiar de Leonardo. «Un día —sugirió, porque nunca se sabe, existe la posibilidad de

que las palabras revelen los tesoros del espíritu a los jóvenes—, tiene que ir conmigo a la Galería Nacional. Hay un azul en las pinturas de Fra Angelico que es exactamente del color del cielo toscano». «Cuando haya paz, señor Rashleigh, me dará tanto gusto que iré adonde sea». Y entonces él recordó, con un sobresalto, que a causa de la guerra, esas pinturas se habían transferido temporalmente fuera del país.

Después de la guerra... lo recorrió un escalofrío, más por el odio que por el clima. ¡Esos vándalos! Toda su vida se había resistido a un poder misterioso, y ahora ahí lo tenía, recorriendo el cielo con sus motores chillones —su abuelo no se había equivocado al predecir la condenación del mundo la primera vez que vio una locomotora—, haciendo pedazos los valores morales, destruyendo hogares con placer lujurioso —la señorita Tippet le había contado el día anterior que, en los refugios, hombres y mujeres dormían juntos, sin siquiera una cortina—. Si tenía setenta y seis años, cada momento contaba. Las palabras valerosas sobre la muerte solo existían para los jóvenes. ¿Qué tal si, cuando terminara la guerra, estaba ya demasiado enfermo para ir a la Galería Nacional? ¿Qué tal si Agatha realmente no podía enviarle la mensualidad? ¿Si le fallaban las manos? ¿Si sus últimos clientes abandonaban la compra de calendarios? Ya era bastante deprimente ser un anciano sin un alma para consolarlo, como para tener además esos ruidos demoniacos y al gobierno racionándole la mantequilla. Podían quitarle la carne si querían, pero ni siquiera siendo tan pobre como él, había tenido que probar la margarina, y no iba a empezar ahora.

Tal vez estaba de un humor tan lúgubre porque estaba inquieto y hacía frío en la habitación; no tenía caso resignarse a la melancolía. Se levantó con mucho cuidado, se pasó una segunda bata de dormir por encima de los hombros y buscó a tientas sus pantuflas. Una corriente helada sopló por el umbral de la puerta mal empotrada. La mayoría de la gente de su edad estaría tesa, semipostrada en cama; él, si bien no podía levantarse de un salto, al menos era tan ágil como a los sesenta. Llenó la tetera y puso marcha hacia la estufa.

Hacía demasiado frío para abrir la ventana, y el papel negro oscurecía la luz con firmeza. La flama chisporroteante le quemaba las piernas, pero no se atrevió a alejarse de la sensación reconfortante. Levantarse nunca había

sido un problema en los días en que se escabullía al amanecer con su caballete para ver a las vacas avanzar a paso lento y plácido sobre un campo infinito de florecillas. Esas eran las horas que le gustaría volver a vivir; ¡cómo se tira la riqueza a la basura! El mismo cielo, que era un símbolo de paz, del paraíso, se veía ahora profanado por bestias bárbaras que arrojaban misiles sobre los tejados, ¡sobre su propia cabeza! Le parecía que durante la noche había caminado por el bosque, uno notablemente parecido a la pequeña arboleda que estaba cerca de su antigua casa, cuando de la nada algo se había activado junto a él, con un estruendo... —y entonces se despertó, con el sonido de las sirenas—. ¿Por qué era destructora la gente? Descolgaron la pintura del molino que había hecho, se burlaron de sus tarjetas de encaje; le recordaban a ese momento terrible de su niñez, que nunca había olvidado del todo, cuando una horda de chicos mayores y gritones, vestidos de plumas y armados con hachas de madera, habían saltado sobre él de entre los árboles y lo habían dejado desparramado sobre el musgo que antes había sido su castillo.

Se sentiría mejor, siempre se sentía mejor, después de haber tomado una taza de té.



Selina Tippet, que debía haberse llamado Madge, bajó trotando las escaleras. A Ruby, dedujo, se le había hecho tarde; era lo mismo cada jueves, el día en que nadie en Warming Pan tenía tiempo de detenerse a platicar. La manera en que la corriente de aire se colaba por debajo de las ventanas era impresionante; los pasillos —mucho mejor iluminados de lo que por lo general encuentras en Londres— durante el invierno no eran precisamente una ventaja. Los frágiles colores del plato de porcelana china que colgaba solitario en la pared, más que desgastados, parecían congelados. Angelina, sin duda, debió haber sentido un escalofrío cuando dejó el calor de la cocina y subió corriendo a supervisar que las camas estuvieran hechas. Si no estuviera trabajando —pensó Selina—, me pondría guantes, y de pronto se vio a sí misma, tan claramente como si el señor Rashleigh hubiera pintado la escena en un calendario, de pie afuera de la casa de su padre una Nochebuena, sacando un par de guantes sin dedos, grises y lanudos, de una envoltura con la frase «Para la señorita Roly Poly», escrita con la caligrafía de Cook en una tarjeta diminuta. Guantes... mezclados en su cabeza con muñecos de nieve y la displicencia de su madre. «Selina, se te desató el moño; esos niños juegan muy pesado y no quiero verte con ellos». «Dios mío —se sobresaltó al escucharla en voz alta—, cómo ha cambiado el mundo desde que cumplí diez años. Ha cambiado para bien, también, incluso a pesar de los bombardeos». A una chica como Evelyn nadie la cuestionaba ya sobre sus amistades, iba a trabajar cada mañana sin mayor inconveniente; incluso podría aspirar a un empleo en otro país, en tiempos de paz.

—Buenos días, Timothy. —Las persianas del salón estaban cerradas, por supuesto, porque no abriría sino hasta las diez, pero el piso ya estaba barrido y las mesas nuevamente acomodadas en filas.

—Buenos días, madame. Qué noche más ruidosa la de ayer. —Timothy sacudió el escritorio y la silla de la oficina con el plumero, y se quedó esperando oír algún consuelo, con esa tristeza suya innata y permanente.

—Así es, y según el primer ministro habrá otras peores que soportar antes de que todo termine... —Todos ellos, pobres almas, lidiaban con ello espléndidamente, lo cual solo favorecía que se les derrumbara el aplomo apenas los dejabas discutir el horror.

—Fue una mina terrestre, madame, en la esquina de la plaza; el lechero me contó que se cargó dos casas deshabitadas. Fuego abundante; a las once se podía ver la hora en el reloj tan claro como en el día.

—Sin duda, hay que agradecer que no hubo más daños.

Estos eventos extraordinarios —pensaba Selina—, requerían un vocabulario nuevo, muy diferente, y no obstante ahí estaban dándose ánimos. Eso era lo importante, la diferencia que separaba a Inglaterra del continente aun mejor que el Canal. «Lo mejor que podemos hacer, Angelina —le había dicho la víspera, dos veces, a su socia—, es seguir viviendo con absoluta normalidad. Los demás nos imitan inconscientemente, y así influimos no solo en Ruby, Timothy y los clientes, sino en cientos de personas». Puesto que, si los clientes iban a almorzar y se marchaban alegres, más tarde ellos también influirían, a su vez, en sus familias y sus doncellas. Resultaba muy inspirador, especialmente en una mañana así de lúgubre y fría, pensar en lo mucho que una mujer solitaria podía hacer en defensa de su patria.

En tiempos de guerra, sin embargo, era imposible mantener la alegría o la valentía por mucho tiempo. Selina miró su escritorio: había un montón de cartas apiladas sobre el cuero desgastado, y lo que contenían era sin duda desagradable. Algunas personas, supuso, disfrutaban su correspondencia; les traía noticias de lugares lejanos y extraños o les contaba anécdotas divertidas de los amigos. Una carta debería ser el acto de compartir con los demás la propia vida, pero ahora significaba responder preguntas estúpidas al final de la jornada de trabajo o reclamar un error en la cuenta del gas. El

cartero era la personificación del Destino, con D mayúscula, porque cualquier día a las nueve o a las once o a las cuatro podría traer consigo los documentos que, estaba segura, llegarían tarde o temprano: o pagaban las rentas atrasadas o el casero se vería en la penosa necesidad —se imaginó la expresión, educada, gris— de solicitarles el desalojo.

Había una circular del Ministerio de Alimentos. La gente de Butler's, por supuesto, quería algo a cuenta, igual que siempre a principios de mes. Planeaba abrir las cartas metódicamente, pero no tenía caso; pasaron con prisa entre sus dedos ansiosos, hasta que estuvo segura de que el temido sobre blanco con el sello de confidencial no había llegado. Solo cuando tuvo certeza del silencio del casero pudo empezar a abrirlas con su abrecartas favorito, el del mango de cornalina y guijarros que había recogido de la playa alguna vez, y comenzó a acomodarlas para responderlas.

Presagios... si una se permitiese creer en ellos, diría que algo está por ocurrir. Selina tomó, no las páginas del libro de contabilidad con las cuentas del pescado ni una nota con firma indescifrable, sino un gran álbum de fotografías de Warming Pan. Nunca olvidaría la noche en que había confrontado a la señorita Humphries en un lúgubre hotel de Bournemouth. El café había estado frío y turbio por tercera noche consecutiva, pero se había visto a sí misma, exactamente como en un sueño, caminando por la calle y pasando junto a la tienda vacía.

Desde entonces los salones de té tenían un significado especial para Selina. Los asociaba con la libertad. Solo aquellas personas, pensaba, que han experimentado la obediencia por seis horas y media al día, saben lo que es la libertad. De la mañana del viernes y hasta el siguiente jueves por la tarde leía en voz alta, emparejaba lana, empujaba la silla de baño o se ponía a soñar, mientras la pobrecilla señorita Humphries dormía; pero la tarde del jueves salía, vestida a su propio gusto, para encontrarse con algún amigo en la pastelería local. Conversaban sobre la correspondencia, la Iglesia, el Tribunal, la necesidad de seguirle el paso a la moda, sin dejarse dominar por ella, y la comida. Su presupuesto le permitía gastar solo una libra y seis peniques, pero una suma semejante ofrecía amplias posibilidades de elección. Podía comprar, por ejemplo, pan tostado con mantequilla o

scones, un pedazo de pastel de ciruela, una tartaleta, o algunos sándwiches. La carísima repostería de aspecto extranjero no la tentaba.

Selina coleccionaba tiendas de té como la gente rica degustaba vinos. A veces tomaba un tren al campo con el pretexto de cosechar campanillas azules, pero en realidad iba a conocer algún Té de granja que le habían recomendado. En aquel lugar la mantequilla era buena, en ese otro hacían muy bien los bollos, aunque los pasteles les quedaran pastosos; nunca había encontrado en un solo lugar «el pan, la temperatura y el té», como le parafraseaba jovialmente a Angelina. Entonces, esa noche en que se dio cuenta de que todo mundo en el sombrío salón del hotel era mayor de setenta, lo vio de pronto, completo, incluso con el nombre, el lugar de encuentro perfecto, no elegante pero sí hogareño, con porcelana de rosas y mesitas bien pulidas en un ambiente alegre.

—No, Selina, en eso solo se pierde dinero —insistió Angelina. Esa noche era casualmente su día libre, y se habían sentado juntas en su habitación, con la puerta abierta, en caso de que la señorita Humphries llamara.

—Claro, pero es porque nadie sabe administrarlos como se debe; siempre se olvidan de las cosas pequeñas, porque los hombres son muy insensibles. —En eso último, al menos, estaban de acuerdo.

—Sí, pero no es poco común que los comiencen mujeres, de esas robustas y maniáticas. Mira el lugar al que fuimos el sábado pasado; el té estaba asqueroso y los bollos apestaban a margarina, y no había un solo varón a la vista.

Era el estilo de Angelina —pensó—, oponerse a todos los proyectos que no se le ocurrían a ella. Hubo días, durante el año siguiente, en los que Selina incluso se convencía de que Warming Pan existía ya, mientras que en realidad fue solo un sueño hasta que la señorita Humphries murió dejándole inesperadamente trescientas libras, tras lo cual, durante una caminata matutina, encontró el local ideal vacío. Los siete años se plegaron en uno, porque ni un solo día había dejado de sentirse llena de una vida vibrante y plena de emoción. Al principio había tenido miedo, pero jamás una vez que abrieron el lugar, solo en los momentos previos, cuando firmaron el alquiler, contrataron a las meseras y se preguntó si sería capaz de pagar las

cuentas. Ahora recordaba haber mirado las paredes recién pintadas y haberle dicho a Angelina: «Pero ¿y sí vendrá gente?». Se había sorprendido tanto cuando llegaron los primeros, una señora nerviosa que llevaba cargando, junto con sus cosas, a dos niños peleoneros. La segunda en llegar —la reconoció de inmediato— era una institutriz. «Mira, Angelina —susurró—, llegó alguien. ¿Qué tengo que hacer?».

Y sin embargo era pura alegría, casi estaba fingiendo estar asustada; se había comportado como si por veinte años, en vez de una dama de compañía con excelentes referencias, hubiera sido la administradora de un hotel elegante. Todo había ocurrido como si hubiera estado predestinado: Sarah, la asistente, cuya ayuda había sido invaluable desde el principio, se había casado y había dejado el lugar bajo el control indiscutible de Selina. Angelina se encargaba del personal y las compras, pero en realidad tenía el corazón puesto en los cursos que tomaba todo el tiempo para mejorar, como ella decía: «El futuro de nosotras las mujeres».

—El del número siete se va hoy —señaló Timothy, quien había terminado de vaciar las cubetas de agua en la cocina y regresado para extender su ropa mojada junto al radiador, para que se secara. Eso, en sentido estricto, estaba prohibido, pero Ruby hacía un escándalo si él le estorbaba en la cocina, así que fingían no darse cuenta con la condición de que levantara sus cosas antes de las diez—. Vi la furgoneta cuando venía para acá. Yo creo que, entre las bombas y la gente que se está yendo al campo, Londres va a dejar de existir.

—Leí en alguna parte —sentenció Selina— que a la ciudad le tomará tres años y medio quedarse en ruinas.

Puede que fuera correcto en términos estadísticos, pero no podía evitar estar de acuerdo con Timothy, que era el pesimismo en persona, en que, tras una noche tan bulliciosa como aquella, eso no era precisamente un consuelo.

—No siempre debe creer lo que lee en los periódicos —protestó Timothy, mirándola con sus ojos marrones y húmedos de cocker spaniel; aunque suene un poco libresco, esta frase lo definía.

—Bueno, pues no les vamos a dar la satisfacción a los alemanes de descuidar nuestro trabajo. Me parece que a la manija de esa puerta le

vendría bien un trapo hoy mismo; es el polvo de las explosiones, ya sé.

El nerviosismo melancólico de Timothy la irritaba hasta los nervios. Selina estaba tan consciente como él de que cada persona que se iba del distrito significaba un cliente potencial menos. Aquellas ventas de enero, antes de la guerra, cuando servían cien almuerzos en una sola mañana, se habían desvanecido tan verdadera e inevitablemente como los días de hacer bolas de nieve con sus primeros guantes. ¡Y pensar que alguna vez se quejó de lo pequeño que era el horno! Ahora no era ya una cuestión de ahorrar en el banco para la vejez, sino de cubrir los gastos del día; no podía pensar siquiera en las rentas atrasadas. Por supuesto, a Selina le habría encantado decirle al portero: «No te preocupes, cuando ya no puedas trabajar para nosotras, tendrás una pensión esperándote», pero entonces alguien tendría que prometerle lo mismo a ella, a la mismísima señorita Tippet, y no se imaginaba al casero, por decir alguien, dándoles cualquier cosa que no fuera una orden de desalojo.

¡Qué extraña era la vida! Ellas satisfacían una necesidad en el vecindario; eran, como solía decir Selina, un híbrido entre una tienda de pueblo y el doctor familiar. Le encontraron a la señora Holmes una modista, le pasaban mensajes a la señorita Clark, que era sorda; la gente corría al teléfono, dejando olvidadas sus cosas. Se servían de ellas irreflexivamente, pensaba mientras escogía una carta de firma indescifrable: «... y debí dejar esos guantes en la repisa de la ventana, no será difícil verlos, están casi nuevos, tejidos, de color café con puntitos azules en el dorso rígido, y aparte de su restaurante no estuve más que en el cine y con el boticario y en Barlow's. Por favor, envíemelos por correo certificado y yo le pagaré el porte la próxima vez que venga». Esa debía ser la mujer angulosa que siempre se quejaba de su mesa. Warming Pan era en efecto útil, sin importar lo que Angelina pudiera decir. Su compañera se comportaba de manera extraña desde que había empezado a tomar ese curso sobre política; no fue tan complicado con el de filosofía oriental, porque por entonces se esforzó para controlar su carácter. Ahora mostraba cierto desdén con los clientes, les llamaba «la estúpida burguesía» a pesar de que eran muy buena gente. Hacía la vida muy confusa.



—Timothy —quizá se pondría de mejor humor si le hacía conversación —, ¿de casualidad no has visto un par de guantes cafés? Una clienta dice haberlos dejado aquí el... —miró el calendario— antier.

—¿Guantes cafés, madame? —Se puso a la defensiva de inmediato, como si ella estuviera pensando que él los había tomado—. Está esto de la semana pasada. —Tomó de la canasta de objetos olvidados unos guantes con un agujero enorme en uno de sus desgastados dedos color negro.

—No, esos no son. Dijo cafés, y nuevos. A lo mejor los dejó en otra parte. —De manera instintiva, trataba a todos los clientes igual que como había cuidado a toda una sucesión de señoritas Humphries—. En el autobús, me imagino.

—La cantidad de cosas que la gente olvida en los tranvías —comentó él de manera misteriosa—, especialmente en los tranvías. —Se sacudió la chamarra de piel y, contemplando la perilla con mirada hipnótica, comenzó a quitarle el polvo.

Selina caminó hacia la ventana y empezó, por pura costumbre, a acomodar las charolas de los pasteles. Con la escasez de grosellas y huevo se habían acabado los experimentos. Antes se enorgullecía de que nadie más en todo el distrito tenía calidad y variedad en un mismo lugar. Había siempre bollos perfectamente dorados y pan de jengibre con el grosor adecuado, pasteles de roca y panecillos, el tipo de comida que la gente necesitaba después de un día pesado o en alguna hora libre demasiado preciada como para desperdiciarla en una comida completa. Hubo tardes —se acordaba de la señorita Humphries— en que lo único que habría tolerado eran *teacakes* con la cantidad justa de mantequilla. Y luego estaban esos otros momentos, tras días de no salir quizá porque la anciana había pescado un viento del este y se había resfriado, en los que un trozo de pastel de semillas, hecho con la mezcla que hacía la abuela, la habían regresado a aquellos días de zarzamoras, tiempos en los que las clases eran la única amenaza a la plácida rutina de la vida.

Miró la exigua hilera con tristeza; tenía algo de parca y miserable. Las bombas, por más que el estruendo fuese horrible, no la angustiaban tanto como la falta de charolas llenas que compensaran los horrores de la noche. Odiaba las cartillas de racionamiento, menos porque quisiera más comida

para sí misma y más porque eran un símbolo de una pobreza de espíritu. Le recordaban a esos maestros vegetarianos de mentalidad estrecha. Si tan solo Angelina comiera mejor, estaría menos inquieta y hablaría menos de cosas raras. Cuán detestable era la propaganda del Ministerio de Alimentos, con ese énfasis en la avena y las zanahorias crudas; ¿qué no estaban luchando por una Inglaterra de abundancia, aquella Inglaterra de entrecots de res y montañas de queso cheddar?

Afuera lucía tan frío, crudo e invernal, y ahí andaba el pobre señor Rashleigh trotando por la calle con su abrigo raído. Selina agradecía que Angelina no estuviera ahí para verlo. «Ese anciano lamentable», diría, golpeteando con el lápiz en el escritorio. «Pero, Angelina, no podemos echarlo, no tiene adónde ir». Temía ver una vez más a su compañera encogerse de hombros desdeñosamente. «En una Inglaterra bien organizada, tendríamos lugares para la gente así». Quizá era una buena idea, aunque fuera un poco deprimente, tener hogares para los ancianos. Sin embargo, ya que el país no parecía estar bien organizado... «... Y, además, querida, las personas mayores —y vaya que tengo experiencia con ellas— se vuelven terriblemente celosas entre sí». Pero no les costaba casi nada dejar que se quedara en el piso de arriba; nadie iba a rentar un ático en esas épocas, de todas maneras. Después de todo, cuando Angelina hablaba de su nueva Inglaterra, esta era siempre un mundo de gente joven nadando o andando en motocicleta, y ella misma no era una persona muy diestra, para nada, aunque a Selina casi no le gustaba recordárselo; su socia no podía ni colgar un cuadro sin ayuda.

Selina caminó de vuelta al escritorio. La habitación era cálida y alegre, pero por primera vez vio claramente la posibilidad de los pasillos desocupados, desiertos, y de un letrero de «Se renta» en las ventanas. Mientras tenga un par de manos y trabajo que hacer —cuán seguido decía eso ahora—, no importa. Y, no obstante, sentir miedo no era ya una cuestión egoísta; estaban Timothy y Ruby, y hasta el mobiliario, limpiado y pulido por años. Hay peores cosas que la guerra —se descubrió pensando—, aunque todo esto era, por supuesto, consecuencia de la guerra. Quizá cesarían los bombardeos y la gente volvería una vez más o alguien abriría

una fábrica; ¿y si, tal vez, incluso, una mañana se despertaran con la noticia del armisticio?

—Timothy —lo llamó—, no se te olvide quitar tu ropa del radiador antes de abrir.

---

### 3

Era una tienda pequeña, a unas cuantas casas de Warming Pan y tan discreta que los extraños la confundían con una bodega. Las ventanas tenían cierto aire sórdido, victoriano, y las latas blancas formadas sobre el aparador le recordaban a Horatio, cada vez que entraba, a la guarida de un boticario. Le daban ganas de pasar los dedos por las espirales azules que tenían a los lados, o de oler las tapas; debían contener especias, pensaba, y café. Podía esperarse que el dueño fuera excéntrico y malencarado, y había veces en que el señor Dobbie lograba ser ambas cosas; a primera vista se veía como un posadero, pero a los iniciados la pasividad de su cara alargada les hablaba de porcelana y té.

Horatio había cronometrado su visita con exactitud. Jim, el mozo, estaba todavía puliendo las perillas de algunas puertas. En diez minutos comenzarían a llegar los clientes desde casas que sí eran dignas de ese nombre, en las que tenían fajos de cartillas de racionamiento, clientes que compraban por libra y no por míseras onzas. Ansiaba esa conversación, pues era un contacto con la vida que tan profundamente extrañaba ahora que su mujer había muerto y no había más cenas dominicales a las que invitar a sus pupilos «Muy bohemios, querida, de todo rango y clase social, pero el arte... El arte es unidad».

—Buenos días, señor Dobbie, ¿cómo está hoy? Tuvo una noche intranquila, me temo.

—¡Intranquila! No nos pudimos dormir hasta las dos, con todo ese fuego en la Plaza. —El libro contable golpeó la mesa como si su dueño quisiera, con ese gesto, aplastar la guerra.

—Ah, sí, las bombas incendiarias. Bueno, bueno, y pensar que no las escuché, pero por otro lado mi oído no es tan bueno como solía ser; la edad, señor Dobbie, la edad, ¡el tiempo es una cuesta arriba!

—Así es. —Se quedó mirando las cajas de embalaje vacías que bloqueaban casi totalmente el paso de la luz—. Saca ese tapete y sacúdolo, Jim, hay que tratar de quitar todo ese polvo.

—A veces creo que en esta época tener mal oído es una bendición disfrazada.

—Me imagino que tiene sus ventajas. ¿En qué le puedo ayudar hoy, señor Rashleigh? —Era un día poco auspicioso, reflexionó Horatio; el señor Dobbie estaba cansado.

—Pues lo mismo de siempre, con permiso de Whitehall. —Le mostró la cartilla—. Todo esto del racionamiento debe ser malo para el negocio.

—¡Malo! Es nuestra ruina. Y pensar —su frente se arrugó con tantas líneas como tenían los personajes chinos sobre su cabeza—... Y pensar que el partido conservador me hizo esto. Nos mintieron, claro que sí, nos mintieron... ¡Y yo voté por ellos en la elección pasada! —El tendero lidiaba mal con la estupidez, sobre todo con la propia.

—No diga eso, señor Dobbie, estoy seguro de que el señor Baldwin, aun si estaba malinformado, tenía buenas intenciones.

—¡Malinformado! Malinformado, señor Rashleigh, no es la palabra adecuada. ¿Para qué le pagamos al gobierno, quisiera saber yo, dinero que sale de su bolsillo y del mío, si nos van a engañar deliberadamente? Sabían —media libra de English Breakfast de segunda para el caballero, Jim—, sabían para qué se estaban armando los alemanes; ¿y dónde están ahora? ¿Ayudándonos a apagar incendios y congelándose en la oscuridad? No, claro que no, la mayoría está en Canadá, seguros y abrigados y calentándose los dedos de los pies en la chimenea, mientras nosotros, que fuimos lo suficientemente idiotas para votar por ellos, con bronquitis y pagando sus aviones militares. —Le arrebató el embudo a Jim y lo usó para vaciar el té en un cucurucho de papel.

—Oí —aventuró Horatio tímidamente— que en Canadá tienen radiadores.

—Da igual. Bien por ellos si forran sus casas. Es una pena —añadió con amabilidad— que un caballero de la edad de usted no pueda prepararse una tetera cuando se le antoje sin tener que contar las hojas.

—Le agradezco, señor Dobbie. Para un aficionado a esa bebida, si se me permite decirlo, es especialmente difícil. Preferible una taza de buen té al día que cuatro de un paquete sin marca. —Esperaba que su interlocutor no hubiera notado la cantidad de meses transcurridos desde la última vez que había podido comprar su mezcla favorita.

—Tiene razón. Tiene toda la razón. Vamos a ver, ¿qué es lo que el señor Rashleigh suele comprar en Navidad? —Miró con admiración los frascos que tenía encima de la cabeza—. ¿Este, o me equivoco? —dijo señalando un recipiente.

—Así es, por años Margaret me lo regalaba. Una amarga pérdida —suspiró—, justo hoy en la mañana estaba pensando en ella.

—Claro, claro —respondió vagamente, orgulloso como estaba de su soltería—; la vida en solitario tiene sus cosas también.

Había algo en el tendero —pensaba Horatio—, que le daba un porte mercantil. Era como —no encontraba el término y de pronto la memoria volvió de golpe— un enorme y vulgar comerciante de mantas en la portada de un libro de historias de Pielas Rojas, de los que cuando era niño —sonreía al pensarlo ahora— le daban miedo. Una mente simple chocaría de frente contra esa sonrisa enorme e impenetrable. No es que fuera un mal tipo, conocía su lugar y se mantenía en él, pero era un materialista. ¡Habría que imaginarse tratando de explicarle el significado de la palabra *ideal*!

Jim pateó un balde detrás del mostrador y levantó una mirada culpable al escuchar el ruido. Hizo bailar su trapo sobre una repisa que ya brillaba de limpia.

—Ve a revisar el molinillo —chasqueó Dobbie, mientras abría de nuevo el libro contable. Ya bastante ocupado estaba un comerciante hoy en día para perder el tiempo en conversaciones triviales. Miró el reloj. Qué curioso lo mucho que afecta una noche sin dormir, se quejó, pensando en el momento glorioso en que por fin pudiera cruzar la calle y sentarse frente a una cerveza.



Aunque tenía algo de cambio en el bolsillo, Horatio puso media corona sobre el mostrador a propósito. Entre más tiempo pudiera pasar en la calidez de la tienda, mejor; los cajones de madera con sus etiquetas exóticas, francesas o chinas, le sugerían los barcos que había pintado durante cincuenta años. Podía ver el sol frente a él una vez más, las olas bajas y azules golpeteando las sogas diminutas y, más allá, un aguafuerte más que una acuarela, tan exquisito era el trazo de las líneas, la proa de un trasatlántico, el Asiabound.

—Creo que es hora de recoger mi té.

Horatio se sobresaltó, porque no escuchó el clic de la puerta, y levantó una mirada ligeramente sospechosa hacia el extraño de pelo gris que estaba ahora a su lado.

—Así es, coronel Ferguson. —Dobbie pasó el pulgar por sobre una docena de hojas sostenidas con un clip—. Depositó sus cupones, ¿cierto? —Extrajo un papel y se quedó mirándolo—. Media libra. ¿Se la lleva hoy?

—Sí, por favor. Mala noche la de ayer, ¿verdad?

—Extraño dormir. Hubo un incendio grande en la Plaza.

—Me resulta asombrosa la manera en que la gente lo soporta.

—Bueno, como dijera uno de nuestros ministros el otro día, ¿qué más nos queda? En cualquier caso, esto no es una guerra: es asesinato. —Se sonó la nariz con violencia, el pañuelo blanco flotando agresivamente como una bandera contra el polvo—. ¿Lo puedo ayudar en algo más, señor Rashleigh? —preguntó, ya que Horatio seguía hurgando en sus monedas.

—No, no, gracias —respondió, al tiempo que guardaba el cambio en el bolsillo. Si aún pudiera costearse la porcelana de seis y dos peniques, ningún comerciante se atrevería a despacharlo de esa manera. ¡Coronel Ferguson! —Mientras se abotonaba el abrigo, le echó a su vecino una mirada helada—. Solo porque el hombre tenía un título militar, aunque con esos ojos azules y distantes más bien parecía un marino; Dobbie quería sin duda despejar el terreno antes de darle algo por debajo de la mesa. Eso era lo peor de la guerra, que los artistas eran los primeros en sufrir. Horatio se dio la vuelta, casi derribando un contenedor escarlata pintado con pensamientos que contenía un ovillo de cuerda, y caminó a paso firme hacia la puerta. Planeaba perderse —y eso era algo que esa otra gente no podía

hacer— pintando una acuarela pequeñita, en caso de que la señorita Johnson respondiera su carta, una impronta del Golden Hind quizá, o de Rose Cottage, con sus entrañables patos contoneándose en el estanque.

—Mañana fría —señaló Ferguson, mientras veía al comerciante atar dos trozos de cuerda—. De alguna manera sería más fácil lidiar con estas molestias si hubiera algo de sol.

—Cada quien sus gustos, señor. —Dobbie cernió el té en la bolsa y la agitó—. En mi caso, prefiero un buen día de diciembre. —Su cuello rechoncho se desbordó del cuello de la camisa cuando se giró hacia la caja registradora—. Son tres y un penique, ¿o prefiere que lo anote a su cuenta?

A diferencia de Horatio, el coronel prefería hacer sus compras tan expeditas como fuera posible. Entregó la cantidad exacta, guardó el paquete en su bolsillo, y se marchó con un enérgico «Buen día», cerrando con cuidado la puerta tras él. Apagar incendios debía ser una experiencia totalmente nueva para alguien como Dobbie, y no se veía como una persona acostumbrada a la incomodidad. Lo estaba llevando bien, de todas maneras —pensó—; era maravilloso cómo esta gente avizora estaba haciendo frente a la crisis. Cruzó la calle y se encaminó hacia el parque. Estaría desierto, pero dado que sería fatal renunciar al ejercicio solo porque ese miserable clima húmedo le quitaba toda la emoción a la experiencia, planeaba darle una vuelta al lago Serpentine. En Lausana nunca había tenido que forzarse a caminar; ahí conocía las colinas desde el primer cúmulo de achicoria silvestre hasta las más altas hepáticas, pero hoy sentía escalofríos incluso en espacios interiores, incluso como ahora que acababa de desayunar. No era la edad, podía jurar que no era la edad: en Lausana se había sentido tan joven y alegre como a los catorce, con la vida —y el Oriente— aún frente a él.

Inglaterra había cambiado. Era menos familiar, y definitivamente menos amigable, que el continente. Las telas tenían los mismos viejos colores, la gente se levantaba de noche con los bombardeos cotidianamente como si fueran simples tormentas eléctricas, pero había una nueva y fea clase burocrática que no tenía ni agallas ni lo que él llamaba imaginación imperial. Se reían de sus cincuenta años de servicio como si hubiera sido un insignificante recolector de impuestos.

Seguía furioso por la entrevista del día anterior. «No entiendo, señor, por qué regresó a Londres —le había dicho el oficial, apretando los labios como mordisqueando un lápiz permanentemente—. Se le ofreció un domicilio en el extranjero desde que dejó la India, y ya pasa por mucho la edad de retiro». El coronel ni siquiera se molestó en contestar: «Para ofrecer mis servicios». Después de que media docena de jóvenes de la misma cantidad de ministerios lo rechazaran con diversos tonos de amabilidad fría y fastidiada, la parte lógica de su mente se repetía «¿por qué?». Esa tarde sería distinto. Al fin había encontrado a Harris, su antiguo jefe. Con las oficinas evacuadas hacia las afueras, su carta había pasado por doce lugares más antes de llegar a su destino. El propio Harris estaba varado en Yorkshire, pero le había enviado una carta de presentación a un colega suyo en Londres que, con toda seguridad, le escribió: «Te arreglaré todo de inmediato». Ferguson lo vería a las tres, y seguramente en un día o, a más tardar, una semana, estaría de nuevo calzando el uniforme.

No había niños en el parque, ni siquiera una anciana con su perro. En todo el sendero solo estaban él y un soldado francés que se veía congelado y miserable, caminando en sentido opuesto. Por un momento, Ferguson sintió la tentación de hablar, de decirle «Yo tampoco me siento en casa», pero su francés estaba oxidado y era probable que el hombre no lo entendiera. Cuánto debía extrañar el sol, esas curiosas persianas de pintura raspada, no por unas uñas sino por el sol, los racimos de... ¿cómo se llamaban...? Glicinas, que eran tan formales a pesar de su abundancia y le recordaban a unas uvas en un dibujo arquitectónico. Los discursos estaban muy bien, pero había que imaginarse a esos hombres desembarcando, dando pasos pesados y manchados de sal en el puerto de algún país de Occidente, habiendo perdido todo, sin noticias ni nadie para recibirlos. Dos guerras en una sola generación eran demasiado pedir para cualquier pueblo.

Los árboles le recordaban las escobas de una tienda por la que acababa de pasar. No era su dureza, porque se veían tersas contra el cielo otoñal, sino sus puntas diminutas y erizadas que formaban los mismos patrones que las escobas contra el cristal de la ventana. Un trozo de seda de paracaídas revoloteó desde una rama cerca del círculo explosivo de un cráter reciente. Había restos de pasto corroídos como por ácido y una barandilla rota

incrustada en la tierra. El paisaje entero tenía la desolación embrujada, desnuda, de los pantanos de Lear; solo la irritable sucesión de actos necesarios: comer, dormir, buscar calor, distinguía la vida de las pesadillas.

Resultaba extraño cómo regresaban las sensaciones, como si en lugar de eventos aislados fueran ecos independientes vibrando en toda la memoria. Lausana era nebulosa en su recuerdo; lo que no podía sacar de su cabeza era el regreso a casa, ese último día en París. Se veía a sí mismo —debió ser el encuentro con ese soldado francés— caminando por los Campos Elíseos bajo esas absurdas nubecitas color amento, mientras la diversidad de rostros lo llevaban de vuelta a los viajes que había hecho en su vida, como si lo estuvieran despidiendo, no de Francia sino de todos los muelles de su larga experiencia.

Aquella vez había tenido toda la tarde frente a sí y nadie a quien visitar. Había visto menos taxis, pero también pocos autos, casi todos inequívocamente de civiles que aceleraban su poderoso motor en dirección al Bois de Boulogne. El viento era incisivo a pesar de los colores de abril y, como estaba algo cansado después de la larga noche en tren, se había dejado llevar por una espiral de gente que esperaba afuera de un cine. Disfrutaba ocasionalmente de una buena película, pero era complicado encontrar una que lo fuera. Por un momento vislumbró un París del pasado, carruajes tirados por caballos ruanos y grises, niños en mandil de la mano de institutrices de sombreros altos de plumas. Nada había cambiado —pensó—, excepto el clima; algunos años se desarrollaban más fácilmente que otros. En la fila había visto a la típica pareja burguesa, la esposa de negro, con un bolso cuadrado y brillante bajo el brazo, aferrada a la manga arrugada de su rollizo esposo. ¿Por qué los materiales franceses parecían aguantar tan poco? *Froissée*, la palabra francesa, era mejor que *arrugada*, pero no se ajustaba a la textura de su propia lengua, en términos lingüísticos tanto como en los de la ropa.

Estarían hablando del precio de la mantequilla —pensó—, aunque era fácil perderse algunas frases con ese acento cantado y pausado de los valdenses. Un senegalés miraba el póster y detrás de él había un soldado encorvado con una casaca manchada de grasa y las peores botas militares que hubiera visto jamás. Los franceses sabían improvisar, claro, pero ¿no

había algo de cierto en la elegancia inglesa? Quizá había escuchado demasiado a sus vecinos en Lausana; todo el tiempo estaban mostrándole fotografías de rostros quemados por el sol bajo sus cascos de acero. La imagen de una de las fotografías, que mostraba unos tanques rodeando un camino y formando un signo de interrogación gigantesco, lo había perseguido por meses. El ánimo es más importante que las máquinas y, sin embargo, en ese momento de recuerdos en que había visto personificada en un único soldado la historia del fin de Francia, levantó de pronto la mirada y vio otro listón de seda ondeando junto a una solitaria hoja muerta.

Era demasiado el frío y demasiada la desolación; incluso si la guerra terminase durante la próxima hora, quedaría siempre una grieta, una sensación de pérdida. La historia se repetía, pero en cada era había algo tan efímero como los rojos y castaños del otoño que ninguna reconstrucción podría reemplazar. Las hojas ocre claro rodaban hacia las alcantarillas, y bajo un árbol herido con la mitad de sus raíces al aire, el sendero estaba tapizado de ramas y varitas verdes. La muerte no es disolución —pensó de camino a las puertas del parque—, es el momento en que la humanidad deja de requerir tus servicios —no debía perderse en tonterías, sin embargo, solo porque la mañana era tan desoladora; en él quedaban aún años de trabajo—; si tan solo lograra encontrar un empleo. Una anciana, que esperaba en la esquina, miró al cielo; las sirenas comenzaron a sonar nuevamente, revolviendo el aire y chocando unas con otras entre los edificios, haciéndolo pensar en lobos que se respondían de una colina a otra.

—Es la segunda alerta hoy. —Oyó quejarse al conductor del autobús semivacío, mientras lo abordaba—. ¿No cree usted que tengan algo mejor que hacer?

Los pequeños diamantes formados por la red de astillas de cristal de las ventanas permitían ver la calle, pero alteraban la perspectiva de manera extraña y provocaban una ilusión de velocidad. El vecino de asiento de Ferguson continuó leyendo su periódico —sin duda llevaría veinte años haciendo lo mismo y del mismo modo; los hábitos de toda una vida, con o sin bombardeos, no se rompen fácilmente—. Una anciana de chaqueta de pieles que le colgaba informe hasta la cintura sostenía una canastilla en

cuyo interior, en lugar de algún paquete, había un pequinés. El moño de su sombrero de fieltro gris se alzaba como otra oreja.

—Tienen muy buenas toallas de baño en Barlow's, querida —conversaba—, una verdadera ganga. Ayer compré una docena para mí, y otras tres pequeñas, con rayitas, para Wooggles. Pobrecito —añadió mirando la rosa negra en el borde de la canastilla—, se le mojan mucho las patas.

—Pero ¿crees que sea buena idea comprar cualquier cosa en estos tiempos? Su amiga tenía la cara verde del terror, y se aferraba a su bolso de mano negro con ambas manos.

—Por supuesto. Deberías ser una fatalista como yo. Por otro lado, si te ganan los nervios, siempre puedes enviar un baúl al campo.

—Me pregunto por qué no has evacuado a Wooggles.

—No parece importarle. Solo ladra si hay mucho ruido.

—Los pequineses siempre han sido buenos perros guardianes a pesar de su tamaño, pero ¿crees que se dé cuenta del peligro?

El fuego aminoró a la distancia.

—Barlow's —gritó el conductor. La mayoría de los pasajeros se levantó de su asiento.

Cuán extraordinaria era la gente —pensó Ferguson mientras se levantaba también—, blindándose contra la derrota con esa sublime estupidez. Habían ignorado todas las alarmas y no obstante estaban listos para pelear hasta el último, pero por alguna razón que, a él, a pesar de ser su compatriota, le era imposible comprender.

Wooggles, liberado de su canastilla, olfateó el pedazo de algún proyectil y su dueña le dio un manotazo. Un anciano pintaba sin parar líneas blancas en una fila de bolsas de arena. A nadie se le ocurría ir a un refugio y él, mientras miraba el cielo gris, funesto, casi sintió lástima por los alemanes.



---

Adelaide Spenser se detuvo enfrente de los ventanales de Barlow's, no tanto para inspeccionar las alfombras como para admirar su sombrero. Hoy en día era esencial no dejar caer los propios estándares. Thomas había estado insoportable la noche anterior; pero, por otro lado, pobrecito, aunque nunca lo admitiría, en realidad no le gustaban los bombardeos. Se había portado tan grosero en la cena que Kate lo había acusado, y Adelaide había pasado horas escuchando pacientemente sus quejas antes de ingeniárselas para calmar las cosas. En recompensa, había pasado la última hora probándose varios modelos que yacían desamparados en los estantes, suplicando que alguien los comprara y los usara. Por lo general no habría comprado algo tan obvio como ese listón tricolor, pero, en un otoño en el que la gente parecía acoger la oscuridad con particular alegría, el azul brillante y el escarlata le daban ánimos. Si su esposo la acusaba de extravagancia, le citaría las mismas palabras que él había usado para llenar el sótano de víveres: «El próximo año todo esto va a costar el doble».

El aparador central no era una naturaleza muerta de esas increíbles figuras como de cera con sus vestidos imposibles y sus sonrisas de pergamino, sino un gran trozo de vidrio sucio y lleno de grietas. «A pesar de que cayó una bomba en el vecindario contiguo —decía un anuncio circunspecto—, no hubo astillamientos». A las ventanas de la tienda se les había ajustado un dispositivo que parecía rueda sin radios. Los guantes verde brillante acomodados sobre la bolsa negra de mano se veían infinitamente valientes o absurdamente anacrónicos según el humor con el que se vieran. Un conductor frenó de pronto y Adelaide puso atención al

chirrido creyendo que era otra vez la alarma, pero el cielo estaba despejado y el sonido se difuminó entre los ruidos ordinarios de otras llantas.

Qué bueno que le había pedido a su cuñada verse en Warming Pan, pensó mientras cruzaba la avenida y se metía en una calle lateral. La pobre Alice, con sus dietas e ideas, nunca sabía si estaba comiendo pan tostado o la pechuga gorda de una perdiz. Cualquier cosa que no fuera comida simple y buena se desperdiciaría en ella, un problema en estos días en que los lujos se encontraban fácilmente, pero el huevo casi había desaparecido. No debía olvidar detenerse en Parke's de camino a casa para comprar más fruta enlatada. La señora Spenser había empezado a abastecer su alacena justo después de Múnich, cuando cualquier tonto habría notado que se acercaba la guerra. Alice había sido más escrupulosa. Adelaide podía ver todavía esos ojos azules de su cuñada que debieron haberse decolorado antes de que terminara la escuela, y oír su voz llena de emoción: «Ay, Adelaide, ¿no es maravilloso el señor Chamberlain? Sabía que, si rezábamos lo suficiente, tendríamos paz».

«¿Cómo se libra uno del desastre comportándose como un avestruz?», habría querido responderle, después de haber ordenado ya sesenta libras de mermelada; pero discutir era malo para el cutis, y la mejor manera de lidiar con los parientes, había descubierto gracias a la larga experiencia, era sentarse en silencio, sin decir palabra, y recompensarse después con una buena cena. La mermelada había resultado invaluable. La había mantenido guardada en la alacena alta donde antes guardaba la ropa de verano, y repartía un frasco ocasional como si fuera oro tanto en sustancia como en color. Había intercambiado cinco libras por huevo; para Thomas y su carácter había una diferencia importante si comía o no su desayuno usual. Claro, resultaba divertido considerar que ella probablemente había sido responsable de que lo hubieran ascendido recientemente. Cuando sus colegas evacuaron, él se había dado cuenta de los horrores de vivir en el campo, así que peleó por el traslado y obtuvo su propia oficina. Su querido Thomas, tan orgulloso, ¡creía que se lo habían dado por sus méritos!

No había pasteles en la ventana de Warming Pan, y en el mostrador junto a la entrada había solo una charola de repostería. La cantidad de asientos vacíos era un signo de la guerra. Antes, a esa hora, estaba tan lleno

que con frecuencia los comensales tenían que compartir mesa. Adelaide miró a su alrededor, eligió el mejor lugar junto a una pared, y entonces, a sabiendas de que Alice llegaría tarde, abrió su periódico en la página del crucigrama y hurgó en el bolso buscando un lápiz. Las únicas personas en el lugar eran el señor Rashleigh, a quien solo conocía de vista, y algunas dependientas de tiendas vecinas. Normalmente, la señorita Tippet las habría disuadido de quedarse, porque era demasiada distracción sentarse a tomar un café junto a una mujer que momentos antes te había ayudado a calzarte unos zapatos, pero hoy en día todo mundo era bienvenido. Esta parte del West End estaba completamente desierta. Viendo, por fin, a una de sus clientes frecuentes, Selina corrió hacia ella, toda sonrisas.

—Buenos días, señora Spenser, ¿conque no se ha ido de Londres? Empezaba a preocuparme que fuera parte, usted también, de la gran migración.

—¡No, para nada! Siempre he preferido la ventana de un florista a un jardín, y odio categóricamente a las vacas. Imagino que la guerra ha hecho una gran diferencia para usted, ¿verdad? ¿Cómo va todo?

La respuesta correcta debió ser «de maravilla, gracias», pero Selina dudó, a pesar de su resolución:

—No es bueno quejarse, claro, pero son tiempos un tanto complicados.

—Y sin necesidad —la voz de Adelaide sonó más firme de lo que pretendía—, si se piensa que todo el asunto se podría haber resuelto en 1933 con mil policías británicos.

—Era difícil saber qué era lo mejor entonces —aventuró su anfitriona con cautela; mantenerse neutral con los clientes era una regla inquebrantable—. Pero estoy segura de que las intenciones del gobierno eran buenas —añadió, lealmente—, todos queríamos la paz.

«Pero la paz no es algo estático —habría querido responder Adelaide—; no es el nombre de una virtud, como para copiarla en tinta de colores y colgarla a la entrada de una escuela. Basta pensar en lo que un solo sótano sucio puede hacerle a toda una ciudad; los piojos no tienen respeto por las personas», la causa y el efecto, sin embargo, estarían más allá de la comprensión de Selina.

—¿Cómo está su socia? —preguntó, en cambio. Angelina siempre tenía algún peinado elegante—. No la vi al entrar. Espero que no la haya dejado.

—Ay, no —respondió la señorita Tippet, esta vez sin dudar—. Realmente no sé qué haría sin ella. Es muy buena lidiando con el Ministerio de Alimentos. Supongo que todas esas regulaciones son necesarias —levantó la mirada tímidamente porque el marido de la señora Spenser trabajaba en algún ministerio—, pero yo soy muy tonta para los formularios.

—Bueno, tienen que encontrar algún trabajo para todas esas mujeres voluntarias y, además, adoran sumarle otra vara a la carga de quienes pagamos impuestos. —Aunque, pensaba Adelaide, era más fácil darle propina directamente al carnicero... Cuánto escandalizaría esa sugerencia a la señorita Tippet.

»Estoy esperando a mi cuñada —añadió—; salió disparada al campo en junio pasado y..., me da risa, la verdad... Es la primera vez que se aventura a venir, aunque sea por un día.

—En la mañana leí en el periódico que, al ritmo actual de los bombardeos, tomará tres años y medio demoler todo Londres; pero no lo sé, a veces me pregunto si tendremos clientes a final de este mes. —No podía evitar que se notara su ansiedad, pero quizá la señora Spenser tenía alguna otra información—. ¿Cree que los ministerios abran nuevas oficinas? En la guerra pasada se apropiaron de Barlow's, me contó un cliente, e instalaron ahí a más de cuatrocientos funcionarios. Eso significaría un flujo constante de almuerzos, incluso si se veían obligadas a ofrecer platillos más baratos.

—Difícilmente en Londres, al menos por ahora. —Era extraordinario, pensó Adelaide; no era bueno exagerar, pero la pobre y vieja Tippet no parecía tener sentido del peligro—. En cualquier caso, en este distrito ya llegamos al límite. Toda la gente nerviosa debió haberse ido ya.

Otra regla era no demorarse demasiado hablando con un cliente, porque podrían aburrirse o, peor, ponerse demasiado comunicativos. Con un: «Bueno, es un gusto verla de nuevo por aquí», Selina se encaminó de vuelta a la caja registradora y, cuando pasó junto al señor Rashleigh, se detuvo a saludarlo.

Horatio tenía su asiento especial y había convertido en un arte hablar por una hora en vez de ordenar. Estaba encantado con las invasoras; las chicas dependientas hablaban con tanta alegría y se vestían con tanta elegancia. «No te preocupes por mi orden, Ruby, —decía— atiende primero a las señoritas; ellas tienen prisa y yo soy un vasallo del tiempo...». Entonces les extendía el menú con una sonrisa y una reverencia, con la esperanza de que iniciaran conversación, lo que nunca ocurría. Deseaba —no podía decir lo suficiente cuánto deseaba— que su querida Margaret estuviera viva.

—Hace frío hoy, no me sorprendería que tuviéramos algo de aguanieve.

—¡Frío, señorita Tippet, pero si está helando! La nieve es para los jóvenes y los artistas, pero a mi edad, bueno, lo único en lo que pienso es el verano. —Solo pronunciar la palabra lo hacía ver un prado lleno de tulipanes y perejil silvestre.

—Sí —respondió Selina un poco ausente, porque la llegada del próximo junio le parecía casi imposible y... ¿Acababa de ver a Ruby secar un tenedor con su mandil sucio o era su imaginación? Dios mío, qué descuidadas eran las chicas de ahora, pero si una les decía algo empezaban a murmurar cosas sobre no sé qué fábrica.

—Espero que no haya sentido demasiado el alboroto en la noche.

—Y pensar que sigo vivo para soportar esos ruidos terribles...

—¿Ha pensado en usar tapones para los oídos? Dicen que funcionan para tener algo de tranquilidad.

—Pero si algo ocurre —objetó él, jovial, ya que Selina parecía estar de un atípico humor conversacional—, creo que preferiría enterarme.

—¿Y no es mejor dejárselo al destino? —Era asombroso ver que los ancianos se aferrasen con tal tenacidad a la vida. Se preguntaba qué podía sacar el señor Rashleigh de sus días; ¿no sería glorioso pasar de un momento al otro a un descanso eterno y legítimo? Angelina ya no creía en el cielo; era valiente de su parte, sin duda, pero terriblemente desolador.

—Hoy tenemos un buen cordero —dijo, solícita—, asegúrese de que le den una rebanada. —Y se apartó para dejar pasar a una mujer que, como imaginaba, fue a sentarse a la mesa de la señora Spenser.

—Qué problemón con esta palabra —dijo Adelaide, levantando la mirada de su crucigrama—. ¿Y cómo estás, Alice, después de todo este tiempo? —Su cuñada, decidió, ya había adquirido ese aire provincial de quien va de ida y vuelta a hacer sus compras a la ciudad el mismo día.

—Ay, Adelaide —Alice malabareó con su abrigo y lo colgó sobre el respaldo de la silla de tal modo que una manga, por supuesto, quedó arrastrando en el suelo; las manos le temblaban mientras ponía sus cosas sobre una silla vacía—, es horrible.

—Bueno, te lo dije, te dije que no te iba a gustar el campo, no con tu tendencia al reumatismo. ¿Por qué no regresas a tu departamento? Dicen que si cae una bomba directa —se alzó de hombros— no vamos a sentir nada, así que yo lo que hago es ponerme cera en los oídos y olvidarme de todo. ¿Sabes que estuve dormida durante toda la alarma de la noche? —Se recargó en la silla, con el lápiz en la mano y el periódico en la mesa—. No creo que se te ocurra un ave marina, con cresta, de seis letras, ¿o sí? Los frailecillos no tienen cresta, y pingüino tiene demasiadas letras.

—No, Adelaide. ¿Sabes si...?

—¿Sopa? —preguntó Ruby, con la libreta colgando de su cinturón como un manojo de llaves.

—Sí, dos sopas; me imagino que es enlatada, pero algo tenemos que comer, y después... ¿Vas a querer cordero, querida, aprovechando que todavía se consigue, o prefieres macarrones con queso?

—Prefiero una ensalada, si todavía tienen.

Ruby asintió y desapareció en la cocina.

—Hasta ahora han logrado servir comida fresca con éxito, pero supongo que gradualmente habrá que acostumbrarnos a las latas.

—Sí, pero... —Alice se inclinó y su sombrero le resbaló casi hasta la nuca.

«Habría podido ponerse algo más decente para el viaje —pensó la señora Spenser—; una vez que te rindes, todo son overoles y batas de dormir».

—De verdad, Alice, no te pueden gustar esos campos desolados, y extraño nuestras fiestas solitarias de los viernes, de veras. ¿Por qué no regresas?



—Mira, querida, estoy tratando de decirte algo terrible...

—No me digas que tus compañeros evacuados tienen sarampión, ¡ya sabes lo susceptible que soy a las infecciones!

—Estoy tratando de decirte —gritó, casi en lágrimas—, ¡que me acaban de disparar con una metralleta!

—¿Cómo dices, querida?

—Con una metralleta. En el tren. No es normal.

—Tonterías. El peligro es la sal de la vida, y no le daremos a esa persona la satisfacción de pensar que nos importan sus cacharros.

—Yo sé que tú naciste para ser la esposa de un general, querida, pero para mí una metralleta no es ningún cacharro. Ahora que ya pasó, no me importa confesarte que, francamente, me puse muy nerviosa.

—Por supuesto. No estoy diciendo que haya sido placentero, pero ¿qué fue lo que pasó exactamente?

—Bueno, hoy me desperté con una sensación extraña. Primero, mi despertador no sonó, o más bien sí: me despertó a la media noche y olvidé ponerlo otra vez, así que tuve que correr para llegar a la estación a tiempo...

—Los despertadores son como el gobierno, no se puede confiar en ellos; se disparan en el peor momento. Si tan solo hubiéramos sido sensatos en 1933... incluso Thomas estaba preocupado... No tendríamos ahora a la Luftwaffe salpimentándonos de agujeros.

—Quizá, pero me imaginé que algo iba mal cuando el tren de las nueve y cinco llegó a la hora exacta, porque ya sabes que siempre llegan tarde los trenes hoy en día. Tenía un hermoso asiento en la esquina y acababa de abrir el libro que saqué de la biblioteca, cuando el anciano que tenía enfrente empezó a resoplar. Tenía ochenta años, Adelaide, si no es que más, y una tos trompetera.

—¡Qué horror!

—Así es, querida. Me levanté de un salto, tomé mi bolso y me abrí paso por el pasillo, pero para entonces todos los compartimentos estaban llenos. Al final encontré un asiento junto a una señora muy anciana. Parecía querer hablar conmigo y en estos tiempos hay que ser democráticos. Pobrecilla, su nieto era marino y estaba de permiso, y acababa de ir al quiosco de libros a comprar papel cuando el tren se puso en marcha.

—No suena a la manera más auspiciosa de comenzar un viaje.

—No, y el tren se sacudía tanto que no pude leer, pero afortunadamente tenía mi tejido.

—Citando el lugar común: el opio de la mujer moderna.

—Ay, no, Adelaide, no es realmente así —Alice lanzó una risita horrorizada—, pero nos detuvimos de pronto frente a un bosquecillo. ¿Sabes lo deprimente que se ven, creo que les dicen arboledas en otoño, cuando todo está húmedo, pero todavía hay una o dos hojas hechas jirones aferrándose a los árboles?

—No, Alice, mi postura respecto al campo es firme, especialmente en octubre. Es un mes que en Inglaterra solo debe soportarse junto a la chimenea.

—Me quedé ahí sentada, pensando en la naturaleza, en cómo muere y renace con las campanillas azules, y me acordé del señor Chamberlain y de cómo una vez rezamos por que hubiera paz. ¿Por qué crees que a pesar de todos esos rezos, de cualquier forma, estalló la guerra?

—Porque si la gente fabrica armas, está en la naturaleza humana querer usarlas.

—¡Si tan solo nunca se hubieran inventado las máquinas! Lo que habría que hacer es sentarnos a la mesa de la paz y acordar renunciar a las máquinas, todos juntos.

—¡Tonterías! Alguien inventaría otras más al día siguiente. Nuestro problema es que archivamos la información del extranjero. Thomas tenía un amigo, ya te imaginas, que se fue en una peligrosísima expedición, ¿y qué crees que encontró al volver? Que todos sus informes estaban en el cajón de un funcionario y nunca los habían abierto siquiera.

—Debió tratarse de un error.

—Ah, no, ninguno. Simplemente sabían que les estaba diciendo la verdad, y no querían leerla. Se fue a Estados Unidos, lamentando haber sido un idiota por veinte años. Nos advirtió, hace siglos, que habría una guerra.

—Fue el alma del señor Chamberlain —protestó Alice escrupulosamente—, era demasiado buen hombre para pensar en bombas.

—Su lugar entonces era un santuario para aves. Después de todo, si tú no valoras tu vida, yo sí valoro la mía, y en este momento mil aviones valen

más que todas las buenas intenciones del mundo. Pero dime, ¿qué pasó con tu metralleta? ¿La viste en algún momento?

—No. Íbamos bien sentados y entonces oí un ruido muy curioso afuera, entre nosotros y el bosquecillo. Un hombre de nuestro compartimento se acercó a la ventana y sacó la cabeza. Luego regresó y dijo: «¿Oyeron eso?», y yo le contesté: «Sí, debe de ser una trilladora». Sonaba como chasquidos. Nos miró y preguntó: «¿Saben algo de trilladoras?», y yo dije: «No», así que suspiró y dijo: «¿Les molesta si fumo pipa?»; yo dije: «Adelante», y entonces perdí la puntada y me costó un rato encontrarla.

—¿Y todo ese tiempo solo estuviste ahí sentada?

—Bueno, querida, ¿qué más iba a hacer? Además, estaba ocupada buscando la puntada. Quiero terminarlo para el cumpleaños de Hyacinth; el color está bonito —dijo, escarbando en su bolsa de tejido—. ¿Crees que se verá bien en rojo oxidado? —Estaba siempre consciente de la apariencia de su cuñada y, aunque despreciaba concentrarse en esas cosas mundanas, tenía la esperanza de que su hija creciera con la misma elegancia natural—. Siempre me dices que no tenga miedo al color, ¿pero no es demasiado claro este tono?

—Estoy segura de que Hyacinth se verá encantadora con él —porque no importaba lo que usara la niña, tenía una permanente cara rojiza y una expresión de preocupación que no combinaba ni con sus mejillas rurales ni con lo inapropiado de su nombre, Jacinto—, pero por favor, cuéntame más, ¿qué pasó después?

—Luego de un rato, el tren se puso en marcha de nuevo, siempre muy despacio, y llegamos a la estación. El hombre de la pipa fue al pasillo y dijo: «Un alemán tiene al encargado de la señalización; miren, se lo están llevando», pero yo solo podía ver a la multitud.

—¡Qué horror!

—Entonces vino el guardia y nos dijo: «Lo agarraron *in fraganti*, pero de poco sirve», y mi anciana vecina se quejó y preguntó si había baño de damas en la estación de King Cross, y si yo creía que su nieto tendría que esperar demasiado por otro tren.

—¡Qué mañana la tuya!

—Sí, me dio un sentimiento muy curioso. Fue muy... Bueno, no te lo esperas. Tomas el tren de las nueve y cinco y te disparan, es irreal, y las cosas que no son naturales son muy desagradables. Y aún así yo solía pensar que los alemanes eran mucho más morales que los franceses.

—¡Ay, Alice, es el peligro de los prejuicios! ¿Cuántas veces te dije que no asociaras la palabra disciplina con la moralidad hasta que no te enteraras de lo que significa para los alemanes?

—Tal vez me equivoqué —concedió, dudosa—, pero es que sufrimos de demasiada libertad, ¿no crees? —preguntó ansiosamente con los ojos fijos en el listón tricolor de Adelaide.

—La única disciplina segura en todo el mundo —sentenció la señora Spenser— viene de la libertad. ¿Por qué te preocupa tanto? —Discutir con Alice, cuya sed de sumisión era tanta que disfrutaba la guerra inconscientemente por las restricciones que imponía, era inútil.

—Siempre he creído que no deberíamos ser libres de seguir nuestros caprichos —dijo Alice, deshaciendo el carrizo—, pero, para terminar la historia, llegamos dos horas tarde. Y luego, querida, imagínate a la pobre anciana, con ese aspecto de abandono, de pie en el andén junto al equipaje y la máscara de gas de la marina, todo de su nieto. Por supuesto, nadie la habría acusado de quintacolumnista, pero ya sabes cómo es la gente hoy en día, y no te puedo describir cómo la miraban. Al final le conseguí a un mozo y le pedí que la llevara a una sala de espera. ¿Crees que se aparezca el nieto?

Ruby dejó caer con un golpe dos platos de pudín, con más vehemencia de la habitual. Algunas de las dependientas se estaban abotonando los abrigos. Horatio seguía dando sorbos lentos a su café, porque hasta un Warming Pan vacío tenía más vida que su propia habitación. Deseaba no estar tan sordo; ¿había alcanzado a oír la palabra «dispararon» en la mesa adyacente? ¿Y qué pasaba ahora? Incluso él podía escuchar los gritos.

—¡Qué maravilla, señorita Hawkins! ¿En dónde lo descubrió? Ah, ¡qué ternura!

—¡Angelina! —La señorita Tippet se levantó de la caja registradora con los ojos incrédulos y fijos en los brazos de su socia.

Al principio solo se veían dos guantes color escarlata y la punta de una boina, pero entonces Angelina puso con cuidado su carga en el suelo y se levantó, sonriendo a su audiencia. Junto a ella estaba sentado un bulldog de yeso, casi de tamaño real, con una mueca falsa pintada en el hocico negro.

—No me regañen —pidió a los presentes—. ¿No sería una bonita base para poner los boletines? Y me parece que hoy en día los símbolos son importantes.

—¿Y en dónde piensas ponerlo? —Selina miraba, impotente, de un rincón a otro; era muy del estilo de Angelina gastar dinero en una cosa así cuando era difícil saber de dónde iban a sacar la renta. ¿Por qué algunas personas nacían con un sentido de responsabilidad y otras completa, absoluta y terminantemente desprovistas de él?

—Bueno, es muy grande para la repisa de la chimenea —miraba con ternura el escritorio de su socia—; ¿cómo ves, Selina, podemos mover los libros de contabilidad?

—Estoy segura de que va a resentir ese lugar tan oscuro.

—¿Y de pie junto a la chimenea? —sugirió la señora Spenser, saboreando la vergüenza de la Tippet— ¿Dónde lo encontró?

Angelina se quitó la boina, que era tan solo una concesión al clima, y se pasó una mano por el cabello corto y blanco que hacía de su cabeza un gorro de fieltro.

—En una venta de salvamento, enfrente del Ministerio de Alimentos. No puedo tener un perro, lo sé, con los bombardeos, pero le falta vida a este lugar sin uno. Me preocupaba que quisieras llamarlo Winnie, pero luego pensé que no, que este es un emblema de todos nosotros, tan manso, tan determinado...

—... Y tan necio.

Angelina levantó una mirada de sospecha, pero la señora Spenser parecía estar hablando totalmente en serio.

—¡Necio! Claro, entiendo a lo que se refiere, no nos vamos, sin importar lo que pase. Yo pensaría que resuelto es una palabra mejor. Como sea, necesita un nombre. Lo llamaré Beowulf.

—Muy gallardo, señorita Hawkins, pero estoy seguro de que es un perro gallardo.

Angelina miró a Horatio, a quien odiaba. El yeso es un material de mal gusto, estaría pensando.

—No lo compré como un símbolo de gallardía —rebatíó—, sino de sentido común.

«Horrible mujer», pensó Horatio, y cómo le gustaba tiranizar a su escrupulosa compañerita, pero a la edad de él era esencial estar en buenos términos con todo mundo.

—Ah, pero no debe recriminarnos a nosotros los pobres artistas el lujo de soñar con días más elegantes y más felices.

—Estoy segura de que el monstruo de Beowulf no era nada elegante. — Sorbió, agachándose para arrastrar la estatua de yeso hacia la chimenea. Un viejo tonto como ese no podría saber de historia, ni que Beowulf, a diferencia de Drake, sería bienvenido entre el proletariado. ¿No se hubiera enfrentado al dragón, meramente un símbolo, sin duda, de la dictadura vikinga, para salvar a todo su pueblo?

—Tiene razón, señora Spenser, la chimenea es tan buena como una casa para perros.

Todos rieron.

—¿Sabe algo? Se me antoja, se me antoja muchísimo, ese listón que tiene en el sombrero, para hacerle un collar.

Adelaide se inclinó hacia adelante, con una prisa fingida.

—Muy bien, Alice, es hora de irnos. —Le dio una palmada en la cabeza al perro en su camino a la salida—. Adiós, Beowulf, cuídanos bien.

Pobrecita señorita Hawkins, lo feliz que sería administrando un jardín de hierbas con un yorkshire terrier en los talones, y aún así cuán viva parecía, incluso de esa forma extraña, infantil, en comparación con Alice o la vieja puritana de la Tippet. Ese absurdo bulldog, que debía ser simplemente vulgar, en efecto le daba un aire de alegría a ese lugar sombrío y deslucido. Combinaba con los platos para perros, las comidas para perro por seis peniques, y con las deslavadas vistas de cabañas campiranas en renta que aún decoraban la pared encima del mostrador.

Selina fue hacia la ventana y miró los pasteles. Supuso que tendrían que restringirlos a uno por cliente como habían hecho otros lugares del distrito. Pero casi le rompería el corazón tener que hacerlo. «La vida debía ser

generosa —pensó—, salvajemente generosa». Ese anuncio en la pared: «Las palabras imprudentes pueden costar vidas», siempre le recordaban una mañana, durante la guerra anterior, en la que había pasado horas formada para obtener nuevas cartillas de racionamiento. Cómo se había enojado la señorita Humphries con ella cuando regresó tarde; la pobre anciana incluso había sugerido que Selina se había pasado la mañana con Angelina, de quien se ponía tan celosa. Había días en los que la paz le parecía esos breves momentos que se tomaba para dormir un poco más por la mañana cuando se levantaba demasiado temprano, y en cambio la guerra era el tiempo mismo, con toda su pesada duración. Sí, a pesar de las bombas, siempre veía la guerra como una fila y un formulario amarillo con líneas que había que llenar con el remanente de un lápiz roto. La gente tenía que sobrevivir, pero a veces, mientras esperaba en la fila, se preguntaba por qué. Esperaba que eso no fuera lo que el vicario llamaba «Cuestionar el propósito de Dios», pero realmente le intrigaba. Sobre sus cabezas se cernía una mano remota y fatal, algo que ni siquiera el gobierno podía entender; y, como consecuencia, había que limitar los pasteles, vendían treinta y siete almuerzos en vez de ciento setenta, y entre menos comida servían, más parecía comer la gente. Quizá se sentiría mejor cuando llegara la correspondencia de la tarde. ¿Por qué había guerra, Dios mío, y por qué había comprado Angelina ese perro espantoso? Realmente abarataba la atmósfera, y cuán astuto de su parte traerlo en ese preciso momento; no podía reprocharle nada en frente de los clientes y del personal.

—Disculpe, madame. —Selina volteó a ver a Ruby, que esperaba junto a la caja registradora. Estaba jugueteando en el dedo metido en el overol, el que reservaba normalmente para el aseo—. Lo sé, madame, debe estarse preguntando por qué tengo puesto esto. Es para cuidar el color negro. De una falda oscura no salen las manchas de grasa.

—Me imagino que no. —Selina miró con sospecha la ropa de domingo de Ruby; nunca salían entre semana salvo si era para alguna ceremonia, usualmente un funeral.

—¿Tiene algún problema si me tomo la tarde de hoy, madame?

—Claro, sin problema, si puedes cambiar tu turno con Cook.

Había entre el personal una eterna enemistad, mantenida a raya por otra de las reglas de Selina: nunca interferir en pleitos y nunca tomar partido.

—Tomando en cuenta las circunstancias, Cook está dispuesta. —Ruby comenzó a sorber—. Verá, se trata de mi pobre amiga Connie.

—No le pasó nada, espero.

Por las mejillas de Ruby empezaron a resbalar lágrimas, pero en lugar de buscar un pañuelo, se aferró al overol.

—Fue ayer en la noche, madame. Nos fue terriblemente. ¿Conoce el Green Man que está en la esquina de la Station Road? Le cayeron dos bombas. Incluido el vestíbulo, no quedó ni un fragmento; simplemente lo volvieron escombros.

—¡Qué tragedia, Dios mío! Me temo que no conozco ese vecindario. ¿Y tu amiga? ¿Estaba..., ay, estaba en el Green Man?

—¡Ay, no, madame! —Estaba asombrada y resentida—. Ese lugar era una cantina, y no la iba a encontrar en un *pub*. Enfrente tenía su estudio.

—¿Un estudio? —Selina tuvo una visión de la ventana de un fotógrafo llena de grandes bocetos de chiquillos sonrientes en uniforme y de esas increíbles tarjetas postales de niñas en satén blanco.

—Sí, madame, su estudio de comida. Connie hace la mejor anguila en gelatina que haya probado en mi vida. A mi marido y a mí nos gusta ir los sábados en la noche. La última vez que la vi —tragó saliva y al fin sacó un pañuelo—, me dijo que la guerra había fastidiado el suministro, que no sabía cómo le iba a hacer.

«Dios mío —reflexionó Selina—, ¿cómo le hace Ruby para pronunciar frases completas correctamente y de pronto un restaurante se convierte en un estudio? Qué fascinantes serían los dialectos si una tuviera tiempo para ellos; sin embargo, era este un momento para la empatía, no para el análisis».

—Algunos ladrillos —siguió Ruby con melancólica satisfacción— terminaron del otro lado de la calle. No hubo servicio de autobuses en la mañana, por eso llegué tarde, pero vi la bandera azul, que significa que están buscando cadáveres. No hay nada que enterrar, pero pensé que si voy y me paro ahí de negro, eso mostraría mi respeto por ella. Así que quisiera tomarme la tarde, si no le molesta.



—Claro, claro —se apresuró a decir Selina. De alguna manera, la idea tenía toda esa cualidad paralizante de los bombardeos mismos. Estaba hecha de las fibras de la vieja y bulliciosa Londres azotada por la plaga. Quizá se había excedido en su negativa a escuchar historias de las bombas; podían ser liberadoras para la mente. Qué diferencia, sin embargo, entre la terrenalidad inexorable de Ruby y esas clientas timoratas que aturdían a todo mundo preguntando: «¿Vendrán esta noche, si voy y me paro ahí de negro?». Qué lástima que no podía correr en ese momento a contarle a Angelina. Hacía que la ridícula compra que había hecho su socia fuera aún más irritante. Suspiró, se levantó, puso el seguro a la puerta exterior y colgó el letrero de «Cerrado de dos a tres».

Apenas tendría tiempo de revisar el libro de contabilidad antes de la hora del té. Lo abrió, pero el silencio del lugar vacío la ponía nerviosa. ¡Si tan solo Angelina no hubiera comprado ese perro! Sintió un escalofrío en la mano —de verdad tenía que conseguir unos guantes para mantener los dedos calientes; seguramente era permisible en tiempos de guerra—, y el lápiz rodó por el suelo. Cuando se inclinó para recogerlo, se encontró mirando los profundos ojos de Beowulf.

—Angelina —gritó—. Angelina, baja por favor.

Era simplemente como si esa quijada de yeso, sobrada y plácida, se burlara de ella. Qué ridiculez ponerse nerviosa por eso; quizá debía ella misma ir a prepararse una tisana. La vida —y le daba igual si el vicario estaba o no de acuerdo—... la vida era sencillamente insoportable.